

CAMBIO EDUCATIVO Y ACTITUDES SOCIALES: EL IMPACTO DE LA TRANSFORMACIÓN DE LA UNIVERSIDAD EN LA VALENCIA DEL FRANQUISMO

Carlos Fuertes Muñoz*

* Universitat de València, España. Email: carlos.fuertes@uv.es

Recibido: 10 septiembre 2013 / Revisado: 7 abril 2014 / Aceptado: 14 noviembre 2014 / Publicado: 15 febrero 2015

Resumen: En este texto se pretende reflexionar sobre el impacto social del cambio educativo durante la última etapa de dictadura franquista. Particularmente, a partir de un análisis de entrevistas, informes políticos y prensa, analizaremos los diversos modos en que la sociedad valenciana percibió y se vio afectada en sus actitudes políticas por la transformación educativa y política registrada en la Universidad de Valencia.

Palabras clave: Educación; Movimiento estudiantil; Franquismo; Historia local; Historia social.

Abstract: In this text we aim to ponder about the social impact of educational change during Franco's dictatorship last stages. Particularly, analysing interviews, political reports and press, we will gain insight on the several ways that Valencian society perceived and was affected in its political attitudes by the educational and political transformation developed in the University of Valencia.

Keywords: Education; Student movement; Francoism; Local history; Social history.

1. CAMBIO EDUCATIVO, HISTORIA LOCAL Y ACTITUDES SOCIALES

Las investigaciones locales realizadas desde perspectivas microhistóricas y de historia de la vida cotidiana se han revelado fun-

damentales para avanzar en la compleja cuestión de las actitudes sociales durante la dictadura franquista, del mismo modo que en el caso del nazismo, el fascismo italiano, la URSS o la RDA¹. Inspirados por estos trabajos, en este artículo proponemos acercarnos “desde abajo” y desde lo local a las actitudes sociales durante el desarrollismo y el tardofranquismo, un período bastante menos estudiado que el de la posguerra. Así, reflexionaremos sobre el impacto social del cambio educativo, un fenómeno fundamental, entendemos, en la deslegitimación de la dictadura y el notable apoyo al cambio democrático. Más concretamente, atenderemos a la influencia y la percepción social de la transformación educativa y sociopolítica registrada en las universidades.

* El autor participa en el proyecto de investigación “De la dictadura nacionalista a la democracia de las autonomías” (ref: HAR 2011-27392, Ministerio de Ciencia e Innovación). Agradezco sus comentarios a Claudio Hernández Burgos.

¹ Vid, entre otros: Saz Campos, Ismael y Gómez Roda, Alberto (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Epísteme, 1999; Font, Jordi, *¡Arriba el campo! Primer franquismo i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001; Cabana, Ana, *Xente de orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*, Santiago de Compostela, tresCtres Editores, 2009; Hernández, Claudio, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, EUG, 2013. Sobre otras dictaduras, resulta de gran interés: Corner, Paul (ed.), *Popular Opinion in Totalitarian Regimes: Fascism, Nazism, Communism*, Nueva York, Oxford University Press, 2009.

En este sentido, conviene destacar que la mayor parte de los abundantes análisis sobre el cambio en las universidades del desarrollismo y el tardofranquismo, se han centrado en el cambio de actitudes que se produjo en el interior de las facultades con la expansión del movimiento estudiantil y del profesorado crítico. Siendo absolutamente necesaria dicha perspectiva, aquí proponemos complementarla desplazando la mirada hacia el impacto que las dinámicas activadas por el movimiento estudiantil y los profesores demócratas tuvieron fuera de la universidad. En suma, hacia la influencia exterior y la percepción social de la agitación universitaria.

A tal fin, nos centraremos en el caso de la Universidad de Valencia (UV), cuyo principal estudioso, Sergio Rodríguez Tejada, entiende que puede considerarse, pese a sus particularidades, como un centro académico más representativo del conjunto de España que los excepcionalmente conflictivos de Madrid y Barcelona. Una universidad en la que, según se desprende de su exhaustiva investigación basada especialmente en entrevistas a militantes y documentación clandestina, desde mediados de los sesenta la mayoría de los estudiantes llegó a identificarse con las principales reivindicaciones y referentes del movimiento estudiantil, aún en diversos grados, con diferencias entre facultades y manteniendo tanto una menor politización como actitudes mucho más pasivas respecto a los activistas².

Respecto a lo que aquí más nos interesa, su influencia y su percepción social *fuera de la universidad*, un tema que no ha recibido aún una atención monográfica, conviene tener en cuenta que el movimiento estudiantil valenciano tuvo, respecto a otras regiones, un mayor peso dentro del conjunto del antifranquismo local, debido a la debilidad de un movimiento obrero que no consiguió extender ampliamente la conflictividad laboral hasta prácticamente los

últimos tres años de la dictadura³. Considerando esta particularidad y basándose en un análisis comparado de diversas memorias anuales de gobiernos civiles del período, Antonio Cazorla clasifica a la provincia de Valencia, junto a otras como La Coruña, Sevilla, Granada, Valladolid o Zaragoza, en una situación intermedia entre aquellas regiones como Asturias, País Vasco, Navarra, Catalunya o Madrid, con una importante conflictividad, y aquellas otras como Burgos, Santander, Lugo, Las Palmas, Cuenca o Almería, caracterizadas por una aparente calma total. Las provincias del “grupo intermedio” como Valencia, serían, según Cazorla, aquellas con “ciudades universitarias de tipo mediano” en las que, si bien la mayoría de estudiantes mostraría actitudes antifranquistas o de indiferencia y distanciamiento respecto al régimen, no tendrían el acompañamiento de la conflictividad laboral o vecinal en un ambiente social marcado por la apatía, el desinterés e incluso el rechazo de las protestas estudiantiles asociado a la defensa del orden⁴.

Teniendo en cuenta estas interpretaciones, pero también con la intención de matizarlas y hacerlas más complejas, trataremos aquí de aproximarnos con mayor profundidad y detalle a las actitudes políticas de la sociedad valenciana en la época del desarrollismo y el tardofranquismo. A tal fin, realizaremos un análisis micro de las reacciones cotidianas de los valencianos ante la agitación universitaria a partir de informes políticos, prensa y entrevistas retrospectivas tanto a ciudadanos alejados de la primera fila de la actividad política como a militantes antifranquistas universitarios⁵. En un primer apartado,

² Rodríguez Tejada, Sergio, *Zonas de libertad: dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, Valencia, PUV, 2009, Vol.2, 426-428 y 440-443.

³ Vid: Gómez Roda, Alberto, *Comisiones Obreras y represión franquista. Valencia, 1958-1972*, Valencia, PUV, 2004.

⁴ Cazorla, Antonio: “Orden, progreso y sindicalismo: cómo vieron las autoridades franquistas el cambio socioeconómico”, en Nigel Townson (ed.), *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI, 2009, 87-102 (cit. página 95).

⁵ Las fuentes utilizadas en este artículo, han sido construidas y rastreadas en el marco de mi tesis doctoral sobre las actitudes sociales en la Valencia del desarrollismo y el tardofranquismo. Vid: Fuertes, Carlos, “Actitudes políticas de las clases populares durante el desarrollismo. Un estudio local de historia oral en Paterna (Valencia)”, en Ana Cabana, Daniel

reflexionaremos sobre el impacto del cambio educativo sobre los padres conservadores de alumnos universitarios. En un segundo apartado, observaremos diversas vías informales a través de las cuáles se manifestó la influencia del cambio educativo en la vida cotidiana de la Valencia de la época. En el tercer y último apartado, atenderemos a la cuestión del tratamiento mediático dado al cambio de actitudes en los centros educativos y a la represión sobre el mismo.

2. EL CAMBIO EDUCATIVO Y LAS FAMILIAS DE LOS ESTUDIANTES

La transformación de los centros de estudios superiores en espacios de socialización alternativa tuvo unos efectos que fueron mucho más allá de las aulas y los límites de las facultades, afectando, para empezar, a las percepciones y actitudes de los apoyos institucionales del franquismo. Desde luego, la revisión de los informes oficiales sobre la evolución del movimiento estudiantil que han realizado autores como Pere Ysàs o Hispán Iglesias de Ussel, muestra cómo uno de los efectos “externos” más importantes de éste fue su contribución a la generación de inseguridad entre unos cuadros políticos franquistas que percibían en universidades como la valenciana que la influencia de los activistas antifranquistas era creciente entre la masa estudiantil y contaba con la complicidad de gran parte del profesorado⁶.

Ahora bien, más allá de los cuadros políticos, nos interesa reflexionar sobre cómo el cambio en las universidades afectó de manera más amplia a las percepciones y actitudes de las familias de los estudiantes. Particularmente, nos centraremos aquí en cómo pudo afectar a muchas familias conservadoras de clase media y alta, algo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que la mayoría de los escasos jóvenes universitarios procedía, aún a principios de los

años setenta, de estos sectores sociales⁷. En este sentido, si, por un lado, es habitual en la bibliografía la referencia a la participación activa en el movimiento estudiantil y las organizaciones izquierdistas de muchos hijos de “vencedores”, refiriéndose frecuentemente los estudiosos a la pauta “padres franquistas, hijos universitarios antifranquistas”⁸. Por otro lado, deberíamos prestar también atención a una evolución, probablemente más extendida, de muchos de aquellos hijos de “familias del régimen”, no tanto hacia el antifranquismo activo y la identificación con las culturas políticas de izquierdas como hacia el distanciamiento de la dictadura, el “afranquismo” y una más difusa identificación con valores democráticos⁹. Fenómenos ambos que, en cualquier caso, ilustrarían el agotamiento en la capacidad del régimen para, ante la creciente influencia de los discursos democráticos en la universidad, lograr una integración ideológica y una renovación del consentimiento activo o positivo entre quienes por procedencia social y familiar más destinados parecían a ello.

Aunque probablemente muchos de los hijos de las familias partidarias del régimen permanecieron al margen de las actividades antifranquistas y de los ideales izquierdistas o democráticos, los testimonios de universitarios valencianos analizados en nuestra investigación muestran lo extendido de las mencionadas pautas¹⁰. En

⁷ En 1970, sólo un 9.4% de los jóvenes españoles entre 20 y 24 años cursaba o había cursado estudios universitarios. Vid: Carreras, Albert y Tafunell, Xavier (coords.), *Estadísticas históricas de España: siglos XIX y XX*, Fundación BBVA, Bilbao, 2005.

⁸ Hernández Sandoica, Elena, “Estudiantes en la universidad española (1956-1975). Cambio generacional y movilización antifranquista”, en Damián González Madrid (coord.), *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, 96-122.

⁹ Gracia García, Jordi y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, 209-211.

¹⁰ Sobre la evolución afranquista y antifranquista de numerosos hijos de destacadas personalidades pertenecientes a los apoyos sociales más firmes de la dictadura en la región valenciana, son ilustrativos los casos recogidos en: Martínez Roda, Federico, *Valencia y las Valencias: su historia contemporánea (1800-1975)*, Valencia, Fundación Universitaria CEU San Pablo, 1998, 507.

Lanero y Víctor Manuel Santidrián (eds.), *VII Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo*, Santiago de Compostela, Fundación 10 de Marzo, 2011, 368-379.

⁶ Ysàs, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, 1-46; Hispán Iglesias de Ussel, Pablo, *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC, 2006.

efecto, no pocos de los que se implicaron en el movimiento estudiantil o se distanciaron de la dictadura durante sus años universitarios, son hijos de padres de clase media y alta claramente identificados con el régimen. Sus historias resultan muy ilustrativas de un tema escasamente estudiado, aunque probablemente de gran relevancia de cara a entender la progresiva erosión de las bases sociales de la dictadura y el fracaso del continuismo. Esto es, el impacto que su cambio de actitudes o la mera exposición a discursos y prácticas políticas alternativas entre estos universitarios, pudo tener sobre las percepciones y actitudes de sus padres y familiares conservadores. Ciertamente, numerosos informantes hacen referencia al disgusto de sus padres conservadores y las tensiones cotidianas que en el seno de sus familias generó su evolución ideológica, en una combinación variable y compleja entre la protección ante la represión y la decepción, frustración o confusión política, tanto respecto a la actitud de sus hijos como respecto al propio régimen franquista.

Así, varios de ellos evocan las habituales discusiones acaloradas con sus padres y familiares adultos. Ricardo, aún sin implicarse activamente, desarrolló actitudes políticas antifranquistas y de izquierdas mientras estudiaba en la UV a principios de los sesenta. Un cambio que su padre, un abogado conservador, no aceptaría de buen grado:

“Mi padre y yo hemos tenido discusiones terribles cuando se mezclaba la política [...] yo tenía la etiqueta de rojo por parte de mi padre, aunque yo nunca he sido comunista”¹¹.

Manuel, hijo de un falangista de clase media-baja, de los que “tuvo pistola y todo” durante su juventud, evolucionó hacia la izquierda tras su paso por la facultad a principios de los setenta, donde, sin llegar a militar en ninguna organización, participó en muchas protestas, asambleas y cargas de los grises. Su evolución, similar a la de sus dos hermanos mayores, favoreció el que se empezara a

“hablar de política en mi casa, de sexo, de religión, de todos los tabúes, al prin-

cipio con dificultad, pero cada vez mejor. Y... yo tuve la suerte de poder hablar muy claro con mi padre desde el principio, aunque nos costase alguna bronca”¹².

Toni, nieto de militar e hijo de un “camisa vieja” falangista del barrio del Cabanyal que trabajaba como directivo de una importante fábrica, desarrolló una conciencia crítica sobre el franquismo tras dejar los Maristas para estudiar en la joven y progresista facultad de económicas de la UV, donde le impactó la pérdida de clases debida a protestas y a medidas represivas y se animó a participar en asambleas y manifestaciones. Influenciado por profesores muy implicados políticamente como los socialistas Ernest Llach y Manuel Sánchez Ayuso o el comunista Emèrit Bono, llegó a plantearse dar el paso a la militancia en organizaciones políticas antifranquistas, aunque nunca se atreviese a dar el paso por el miedo y la inseguridad, y también por la presión sentida en casa, donde su padre, franquista “*convençut*” hasta el final, le llamaba despectivamente “*roig*”¹³.

El estupor y el miedo de padres franquistas ante la posible implicación de sus hijos en manifestaciones y su exposición a discursos “revolucionarios” y medidas represivas, abundan asimismo en los testimonios analizados. En el caso de Isabel, muy implicada en organizaciones antifranquistas durante sus años universitarios, su madre y su padre –excombatiente “nacional” y alcalde de un pequeño pueblo de Castellón–, reaccionaron ante el descubrimiento de sus ideas y su activismo antifranquista con más preocupación por una posible detención que con frustración o rechazo hacia su hija. “O sea, me presionaron... no a ser franquista, pero sí a no ser antifranquista”¹⁴. Por su parte, José María recuerda el fuerte impacto negativo que produjo en sus padres conservadores el encontrarse a su hermano universitario participando en una manifestación: “por poco no echamos a correr detrás de él... y luego en casa le cayó una buena”¹⁵.

¹¹ Entrevista a Ricardo, 4 de abril de 2010.

¹² Entrevista a Manuel, 3 de marzo de 2011.

¹³ Entrevista a Toni, 3 de agosto de 2011.

¹⁴ Entrevista a Isabel, 4 de febrero de 2009.

¹⁵ Entrevista a José María, 8 de marzo de 2011.

Pepe, un administrativo conservador con una imagen profundamente negativa de la izquierda, evoca la decepción y, al tiempo, el temor que le produjo la politización izquierdista de su hija universitaria.

“« ¡Que no te vea yo a ver si te dan un día un castañazo y te quedarás con el castañazo!». Y mi mujer se lo decía también...: «Y si te cogen y te encierran ya te apañarás», es verdad...”¹⁶.

A Consuelo, universitaria procedente de una familia conservadora de clase media-alta del centro de Valencia, a pesar de que nunca llegó a considerarse antifranquista o izquierdista, su percepción cotidiana de las asambleas estudiantiles y la represión policial alimentó su distanciamiento moderado del franquismo y su apoyo al proyecto de democratización desde arriba de Suárez. En un claro contraste generacional, recuerda cómo sus padres, muy marcados por el trauma de la violencia revolucionaria, vivieron de una manera muy distinta la reaparición de las protestas estudiantiles durante el tardofranquismo:

“No, y luego llegabas a casa y sí que mis padres: «Ya ves, tío, ¡Qué jaleo! ¡Ya estamos otra vez empezando como en la república!»... Y claro, los que estaban más asustados eran ellos”¹⁷.

En cualquier caso, entendemos cómo, pese a estas reacciones negativas, la fortaleza social del franquismo se vio probablemente afectada por el hecho de que muchos padres, familiares y amigos conservadores y conformistas de universitarios recibieron la influencia de éstos y de la consecuente visibilización de la represión que sufrieron o a la que se expusieron. Cuando menos, entendemos que resulta plausible que las discusiones familiares tuvieran un cierto efecto a la hora de generar entre los apoyos sociales del régimen la percepción de una creciente debilidad de la dictadura y expansión del antifranquismo, un “enemigo” hacia el que resultaría más fácil desarrollar actitudes tolerantes, a la vista de que sus hijos estaban cercanos al mismo. En efecto, la confrontación cotidiana de ideas pudo favorecer la

“normalización” de la existencia de una oposición que, en sus formas y lenguaje, distaba mucho de la imagen demonizada del enemigo republicano que la propaganda franquista había difundido desde el inicio de la Guerra Civil. Y en última instancia, pudo favorecer un cierto distanciamiento del franquismo y la aceptación más o menos pasiva o positiva de una democracia reivindicada por sus hijos y/o por los hijos de sus amigos y conocidos. Cómo evoca Paco, criado en una familia de médicos muy conservadores, el franquismo era perfectamente consciente del fuerte impacto negativo que respecto a su legitimidad social podía tener el movimiento estudiantil:

“Ningún gobierno quiere tener problemas con los estudiantes... Da pavor porque implica a todo el mundo, llegar a casa, hablar, decir que estás en huelga... Eso tiene mucha repercusión social”¹⁸.

Tina, hija de una familia republicana duramente represaliada, estudiante de Derecho y militante del PCE detenida por primera vez durante el estado de excepción de 1969, incide en esta línea. Particularmente, esta informante destaca la importancia de la represión a la hora de despertar la conciencia crítica de muchas familias “de orden” que habían interiorizado la imagen del franquismo desarrollista como “dictablanda” y que ahora, de la mano de la represión sufrida por sus hijos universitarios (o por los hijos de conocidos o amigos), conocían la cara más oculta de una dictadura que se les presentaba como más dura e injusta de lo que creían. Este fue el caso, nos cuenta Tina, de la familia de su amiga Vicky, también detenida en el contexto del estado de excepción de 1969:

“Vicky lo que le ocurrió, lo que hizo, como creo recordar, que también a algunas otras personas... A Vicky la fueron a detener a su casa, no estaba y su familia como tantas familias... biempensantes, que no conocían como era de verdad la dictadura pues, la convencieron de que ella no había hecho nada y que por lo tanto si se presentaba pues era..., que si huía era mucho peor, sin

¹⁶ Entrevista a Pepe, 5 de mayo de 2012.

¹⁷ Entrevista a Consuelo, 8 de diciembre de 2010.

¹⁸ Entrevista a Paco, 4 de junio de 2009.

embargo si se presentaba era la garantía de que ella no había hecho nada y que la iban, inmediatamente, a poner en libertad. Falso, de toda falsedad, porque evidentemente a Vicky la detuvieron y la llevaron a la cárcel con todas las demás que estuvimos juntas aquel tiempo y sin más”.

Con la misma actitud inicial reaccionó, recuerda Tina, el padre de Guillermo de Felipe, compañero suyo de expediente ante el Tribunal de Orden Público. Un teniente coronel claramente franquista que, tras la detención y procesamiento de Guillermo, y conociendo posteriormente la implicación antifranquista de otros dos hijos, desarrolló una creciente confusión y frustración en sus actitudes hacia la dictadura. Un caso extremo pero que ilustra con gran riqueza, en fin, la notable influencia potencial del cambio en los centros educativos a la hora de transformar las percepciones y actitudes de los padres conservadores de muchos de los implicados en el mismo.

“Un hombre que tuvo la desgracia que todos sus hijos militaron en el Partido Comunista de España. Debió de ser algo terrible [...] Este señor creía firmemente en lo que hacía, en el régimen, en la posición del ejército, en todo eso. Era extraordinariamente severo con sus hijos y no compartía en absoluto sus ideas y fue para el brutal el ir conociendo que sus hijos tenían una actividad de esta naturaleza. [...] Y lo que ocurrió en aquel juicio es que las declaraciones de Ángel Castellanos y de Manuel Ballesteros [miembros de la Brigada Político-Social de Valencia] se cebaron con Guillermo... fueron terribles [...] El padre estaba espantado. Este señor pasó de ser un franquista convencido... yo no se si dejó de serlo, pero lo que te puedo asegurar es que en el estado de excepción del año 70, cuando comenzó el Consejo de Guerra de Burgos, trajo a uno de sus hijos a mi casa, para ver si lo podíamos tener allí. Fue la noche y el

día el cambio que hizo este hombre...”¹⁹.

3. EL IMPACTO DEL CAMBIO EDUCATIVO EN LA VIDA COTIDIANA DEL “DESARROLLISMO”

Más allá de la influencia sobre las actitudes y percepciones de las familias conservadoras con hijos universitarios, el cambio educativo afectó de manera más amplia al conjunto de la sociedad española. Así, la vida cotidiana de las ciudades universitarias se vio en mayor o menor medida afectada por la conversión de las universidades en espacios de socialización alternativa. Cómo ha planteado Antonio Cazorla, las universidades más conflictivas como la de Valencia contribuían a generar “un clima político marcadamente diferente” en sus ciudades y entornos, lo que las diferenciaba de las ciudades sin universidad o de aquellas con universidades muy pequeñas y con escasa movilización²⁰. Además, hay que tener en cuenta que, en el caso de la UV, las facultades se encontraban integradas en el centro de la ciudad.

Para empezar, el creciente recurso de los activistas estudiantiles valencianos a las pintadas, las octavillas y las manifestaciones, permitió, aún con límites evidentes, una cierta visibilización de la disidencia y de la represión política. Por un lado, estos mecanismos comunicativos pudieron contribuir a la difusión de una percepción social de una oposición más fuerte y activa, generando, aún de forma muy precaria e intermitente, una (re)conquista del espacio público por parte de las ideas prohibidas por la dictadura. Por otro lado, podían reforzar la imagen social de un régimen más débil, pero al tiempo más duro en sus respuestas, lo que minaba la efectividad de sus estrategias de legitimación interior y exterior durante el desarrollismo, presentándose como “estado de derecho” y como una suerte de “dictablanda”²¹.

¹⁹ Entrevista a Tina Guillem, 29 de septiembre de 2011.

²⁰ Cazorla, Antonio, *Fear and Progress: ordinary lives in Franco's Spain, 1939-1975*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, 192.

²¹ Sesma Landrin, Nicolás, “Franquismo, ¿Estado de Derecho? Notas sobre la renovación del lenguaje político de la dictadura durante los años sesenta”, *Pasado y Memoria*, 4 (2006), 45-58.

Tras más de veinte años de absoluto monopolio franquista del espacio urbano, desde mediados de los años sesenta las manifestaciones anti-franquistas se hicieron cada vez más habituales en la ciudad de Valencia, las más de las veces con una muy corta duración y articuladas en forma de “saltos” efectuados por pequeños “comandos”, en los cuales, si bien participaron también militantes obreros, destacó la presencia de los estudiantes universitarios. Junto a manifestaciones más o menos espontáneas o coyunturales, cabe destacar la realización anual, desde 1967, de manifestaciones el 1º de Mayo con participación conjunta de estudiantes y trabajadores. En opinión de Vicente Vergara, activista estudiantil y militante del PCE que participó en aquellas “manifestaciones relámpago”, éstas eran más eficaces de lo que a simple vista pueda parecer de cara a llamar la atención de la población:

“Ahora todo esto puede parecer muy ingenuo e infantil, pero sí que tenía un resultado. Si tú en una acción de éstas, por ejemplo, conseguías reunir a 100 o 150 personas que cortaban el tráfico, que tiraban panfletos sobre el Primero de Mayo en los que se pedía, se reivindicaba “¡Abajo la dictadura y viva la democracia!” y se llamaba la atención sobre la situación tan lamentable en la que estabas, pues sí que llamabas la atención [...] Eran unas cosas con las otras, se iban uniendo e ibas creando un cierto ambiente. Se trataba de que la gente se fuese concienciando. Nosotros mismos en ese proceso nos íbamos concienciando, por supuesto pasando mucho miedo [...]”²².

Cuando además, dichas manifestaciones derivaban en cargas y persecuciones policiales, cosa bastante habitual, el impacto ciudadano podía ser aún mayor, visibilizando el carácter altamente represivo del franquismo y contribuyendo a desarrollar una conciencia crítica sobre la dictadura. Rafa recuerda muy bien el impacto que le produjo, mientras estudiaba COU, una visita oficial a la facultad de Medicina en 1972.

En efecto, al llegar al Paseo al Mar se encontraron casualmente con uno de los momentos más tensos de la historia del movimiento estudiantil en la UV: la famosa “batalla campal” del 4 de febrero entre estudiantes y policías, tras la masiva asamblea de distrito realizada en la facultad de Medicina. “Aquello fue mi llegada al campus universitario, el primer contacto que tuve. Claro, fue un impacto total, eso significó mucho para mí”. Sumada a sus inquietudes culturales y a las relaciones personales establecidas en el instituto, esta experiencia influyó en la consolidación de una opinión antifranquista en este joven educado en una familia consentidora de Catarroja, cuyo padre era concejal por el tercio familiar²³.

Ahora bien, los indicios existentes sugieren que la visibilización de la represión no siempre derivaba en actitudes críticas. Diversos testimonios muestran la existencia de actitudes sociales de banalización y/o apoyo a la represión política sobre el movimiento estudiantil, expresadas a propósito de la vivencia directa por parte de viandantes de cargas policiales durante manifestaciones. Así, Mariano, pequeño empresario conservador de la localidad de Paterna con una clara interiorización del discurso de la criminalización de los presos políticos y de la bondad policial, evoca su actitud de indiferencia durante las ocasiones en que, de reparto con su furgoneta por el Paseo al Mar de Valencia, se encontró con manifestaciones estudiantiles y las consiguientes cargas policiales –“sí, yo vi como repartían a base de bien”–, llegando a afirmar entre risas que “yo aquello la verdad es que lo vivía como diversión...”²⁴. Maruja, por su parte, recuerda cómo mientras participaba en una manifestación junto a su marido Jacinto y otros compañeros de facultad de éste, al esconderse de los grises en un portal de la céntrica calle San Vicente, asistió con rabia a las reacciones de un matrimonio acomodado que, al salir de su casa, se encontró con la manifestación:

“Había unos grises, tres, zumbándole a una chica, arrinconada en una pared y zurrándole a la pobre criatura, no ten-

²² Gómez Roda, Alberto y Sánchez Durá, Dolores (eds.), *¡Abajo la dictadura! Tres generaciones de antifranquistas en el País Valenciano*, Valencia, FEIS, 2009, 296.

²³ Entrevista a Rafa, 21 de noviembre de 2010. Sobre la batalla campal del 4 de febrero: Rodríguez Tejada, Sergio, *Zonas de libertad*, op.cit., 330-332.

²⁴ Entrevista a Mariano, 7 de mayo de 2010.

dría ni veinte años, ¡que va!, pues universitaria, pero jovencita, ¡pero no te lo puedes imaginar! Estábamos en un portal, y baja una señora toda enjoyada, o sea de éstas que se ve que son... Y dice: “¡Ala! ¡Qué la maten! ¡Qué la maten!” [...] Así con una prepotencia...”²⁵.

Sin embargo, junto a las octavillas, pintadas y manifestaciones, formas de comunicación y visibilización de la protesta abiertamente política y duramente perseguida por el régimen, conviene destacar una influencia más difusa y difícil de reprimir de los universitarios antifranquistas en la vida cultural, asociativa y laboral de la Valencia del período. Por un lado, gracias en buena medida a las iniciativas de la juventud universitaria antifranquista, la vida cultural se transformó, apareciendo tanto dentro como fuera de la universidad nuevas opciones de ocio y actividades formativas que entroncaban con la cultura alternativa forjada en las facultades, si bien estaban abiertas a un público joven más amplio y, al tiempo, servían para reforzar las redes sociales del antifranquismo y para amplificar su efecto. Desde mediados de los sesenta, diversos grupos de teatro representaron obras de contenido político crítico en facultades, colegios mayores y librerías. Los conciertos de Serrat, Raimon y muchos otros cantautores antifranquistas se convirtieron en momentos de encuentro especialmente emotivos y gratamente recordados por quienes pudieron asistir. Librerías como Dávila, Ca’n Boïls, Tres i Quatre, Viridiana o Pueblo, emergieron asimismo como referentes de la cultura antifranquista y de izquierdas.

El local de la plataforma STUDIO S.A., promovida por cientos de universitarios y profesionales demócratas de diversas tendencias, fue clave en la renovación de la vida cultural valenciana mediante la organización de conciertos de canción-protesta, obras de teatro, exposiciones, ciclos de conferencias o cine-fóruns, llegándose a convertir en un “lugar de moda” para buena parte de la juventud de clase media y alta de la capital del Turia. Cine-clubs como el de Reparadoras, el del SIPE, vinculado a la Compañía de Jesús, el de la parroquia Magister, el del Colegio San Francisco Javier, el de la Facultad de Cien-

cias, el del Colegio de Farmacéuticos o el Xerea fueron frecuentados fundamentalmente por universitarios y profesionales liberales, aunque, como al resto de actividades, también asistieron jóvenes trabajadores sin estudios universitarios²⁶.

Por otro lado, conviene destacar cómo la influencia de los jóvenes socializados en o en torno al movimiento estudiantil antifranquista se extendió a través de los diversos ámbitos asociativos en los que se implicaron y continuó una vez éstos terminaron sus estudios y se incorporaron a la vida profesional. Aunque, de hecho, la incorporación al mundo laboral se produjo en algunos casos antes de acabar los estudios, mediante la “proletarización” en fábricas y obras encaminada a la activación del movimiento obrero valenciano²⁷. Ahora bien, cómo se ha destacado a menudo, su papel fue especialmente importante en la extensión del ambiente reivindicativo y pro-democrático en nuevos espacios laborales del sector servicios tradicionalmente más pasivos, particularmente en ámbitos dónde podían ejercer y ejercieron una notable influencia pública, tales como el periodismo, la justicia, la sanidad o la docencia en la enseñanza primaria y media.

También fue clave la presencia de universitarios y licenciados en el ámbito asociativo, en tanto que miembros de colegios profesionales, asociaciones de padres de alumnos o asociaciones de vecinos²⁸. En este sentido, la primera asociación de vecinos “crítica” de Valencia, la Asociación de Cabezas de Familia de Malvarrosa, ubicada en el popular barrio marítimo mitificado entonces por la izquierda por las luchas obreras de los astilleros de la Unión Naval de Levante,

²⁵ Entrevista a Maruja, 18 de junio de 2009.

²⁶ Sanz Díaz, Benito, *Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia, FEIS-Albatros, 2002, 289-301.

²⁷ Reig, Ramiro, “Universidad y movimiento obrero. Los estudiantes se “proletarizan””, en Benito Sanz y Ramón Bello (eds.), *Memoria del antifranquismo. La Universidad de Valencia bajo el franquismo*, Valencia, PUV, 1999, 413-420.

²⁸ Vid: Martín García, Óscar, “La polis paralela. Espacios de participación política en el franquismo final”, en Miguel Ángel del Arco, Carlos Fuertes, Claudio Hernández y Jorge Marco (eds.), *No sólo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Editorial Comares, 2013, 195-208.

era frecuentada tanto por trabajadores manuales y sus familias como por jóvenes estudiantes y profesionales que contribuyeron a convertirla en un espacio de encuentro sociocultural alternativo. Esto, sumado al ambiente antifranquista que se respiraba entre los jóvenes profesores y alumnos del cercano Instituto Isabel de Villena, instalado gracias precisamente a las luchas vecinales previas, vino a reforzar la hegemonía izquierdista en el barrio²⁹.

Asimismo, resulta fundamental destacar cómo, si bien la influencia del cambio en los centros educativos se hizo más patente en las grandes ciudades universitarias, alcanzó también a ciudades y pueblos que vivían aparentemente alejados de la agitación más directa, pero de los que procedían muchos de estos jóvenes universitarios y a los que se dirigirían, una vez acabados sus estudios, para iniciar su carrera profesional. En este sentido, la investigación de Óscar Martín sobre Albacete ha constatado ya un interesante fenómeno de transmisión informal de información sobre las protestas desde aquellas regiones más conflictivas hasta aquellas otras más calmadas, reflexionando sobre su potencial influencia para difundir discursos antifranquistas y para alimentar las esperanzas de los activistas de “la periferia del desarrollismo”. Particularmente, su trabajo rastrea a través de las fuentes orales el papel jugado en este sentido por jóvenes universitarios que estudiaban en ciudades como Valencia o Murcia y que, durante fines de semana o períodos vacacionales, contribuyeron a alimentar las motivaciones de los jóvenes inquietos que se movían en escuelas superiores, institutos, clubs juveniles y centros de trabajo de la provincia³⁰.

Algunos de los testimonios analizados en nuestra investigación muestran también la importancia de este fenómeno. Cuando llegó en septiembre de 1972 a Valencia para entrar en la universidad, José Manuel ya conocía bien el

²⁹ Gómez Roda, Alberto, “Cómo queríamos vivir. Astilleros y Malvarrosa en la Valencia de los primeros 1970”, en Javier Tébar (ed.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica (1960-1980)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, 219-241.

³⁰ Martín García, Óscar, *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio político en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, 172-182.

ambiente de protestas estudiantiles gracias a los universitarios del pueblo que con sus historias fomentaban las expectativas “revolucionarias” de los que todavía estaban estudiando en el instituto. “Me acuerdo de estar haciendo COU y que los mayores del pueblo nos contaban que se metían muchas hostias en el Paseo al Mar, había muchas manifestaciones, se cortaban las calles, salían los grises... ¡Bueno! Nos lo contaban y flipábamos y veníamos con ilusión de poder participar en todas esas movidas”³¹. Por su parte, Alberto, joven agricultor de la localidad de Utiel, evolucionó desde la despolitización —“estaba verde en política”— hasta la formación de una opinión antifranquista e izquierdista gracias a la influencia de diversos amigos, como un joven maestro socialista o los universitarios del pueblo que, como un buen amigo comunista,

“a partir del 70 venían los fines de semana de la universidad en Valencia, hablabas con uno o con otro, armaban un poco de follón aquí, hacían pintadas, en fin...”³².

4. MEDIOS DE COMUNICACIÓN, DISCURSOS PÚBLICOS Y PERCEPCIÓN DEL CAMBIO EDUCATIVO

Una cuestión fundamental en el tema que nos ocupa es la del tratamiento mediático dado a las protestas estudiantiles y a la represión sobre las mismas, siendo necesario valorar las diversas y complejas implicaciones de dicho tratamiento de cara a la percepción social de la agitación universitaria. En este sentido, conviene destacar cómo un factor clave a la hora de limitar la influencia social del cambio educativo fue, muy probablemente, el problema de la falta de acceso ciudadano a una información plural sobre el tema en los medios de comunicación legales, aquellos que constituían la principal fuente formal, no personal, de información sociopolítica para buena parte de la población. En efecto, la oscilación de estos medios de comunicación entre el silenciamiento del cambio educativo y la banalización y demonización del movimiento estudiantil, pudo influir en numerosos sectores sociales que oscilaron, a su

³¹ Entrevista a José Manuel, 4 de agosto de 2011.

³² Entrevista a Alberto, 7 de julio de 2011.

vez, entre la ignorancia, la indiferencia, la confusión y la imagen negativa de los estudiantes y profesores antifranquistas.

En primer lugar, cabe hablar del problema del *silenciamiento mediático* de la existencia de protestas, de las razones y discursos de los estudiantes y profesores antifranquistas y especialmente de las medidas represivas tomadas por el régimen frente a las mismas, las cuales podían minar la credibilidad de su creciente autorrepresentación como “dictablanda” durante los años sesenta y setenta, a la que nos hemos referido más arriba. Así, una parte considerable de los testimonios utilizados en esta investigación sugieren una extendida ignorancia del cambio educativo y de la represión contra el mismo, entre muchos de aquellos ciudadanos que vivieron su día a día alejados de la política activa y que, no teniendo hijos o amigos estudiando en la universidad, recibieron la principal información sobre el mismo a través de los medios de comunicación legales. En general, parece que dicha ignorancia, también interpretable como indiferencia o desinterés que explicaría su actual olvido, se detecta más en los pueblos, aunque no deja de estar presente en la universitaria Valencia. Es el caso de Concha, ama de casa residente entonces en el céntrico barrio del Carmen y autorepresentada como “ignorante política” en los últimos años del franquismo, aunque con una clara conciencia de pertenencia a la clase obrera.

“Como en esa época no tenía a nadie estudiando y ya tenía bastante con dos críos pequeñitos para criarlos... no me preocupaba la universidad”³³.

El problema del silenciamiento y el consecuente desconocimiento social de las protestas estudiantiles y sobre todo de la represión sobre las mismas, era claramente percibido por quienes participaban o simpatizaban con el movimiento estudiantil. Laura considera que la represión política sufrida por muchos conocidos y amigos suyos detenidos y autoexiliados “era una represión que no salía a la luz”, lamentando que “la gente solo se enteraba de lo que le servía los medios oficiales”³⁴. Tras la entrada policial en el

recinto de la UV y las detenciones practicadas durante la celebración, en enero de 1967, del congreso constituyente del Sindicato Democrático de Estudiantes con asistencia de representantes de otros distritos universitarios, un grupo de unos cincuenta intelectuales, sacerdotes y profesionales valencianos de diversas tendencias democráticas envió una carta colectiva en señal de protesta al ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga. En ella lamentaban tanto lo que consideraban “un paso desproporcionado a la violencia” frente al “diálogo y estudio necesarios como vía de solución de los problemas universitarios” como el hecho de que “la información que la prensa local ha suministrado sobre estos hechos ha sido insuficiente, más bien nula”³⁵.

Un informe de mayo de 1968 elaborado por la jesuita Federación Española de Congregaciones Marianas Universitarias (FECUM) con el título “Análisis de la situación universitaria” es en este sentido muy ilustrativo. Así, en el apartado “Actitud de la opinión pública” reflexionan sobre cómo la manipulación mediática de las protestas estudiantiles y la invisibilidad de la represión condicionan la ignorancia, confusión y/o falta de apoyo al movimiento estudiantil entre la ciudadanía española, más allá de las simpatías de los sectores demócratas, el movimiento obrero y los nacionalismos alternativos al español. “Los medios informativos dibujan con gran lujo de detalles, no exentos de melodramatismo, el «desorden», sin citar para nada, salvo excepcionales ocasiones, y en este caso solo por parte de periódicos o revistas aisladas, los motivos de los incidentes”. En efecto, proseguía el informe,

“ni los fines del Sindicato Democrático ni siquiera declaraciones o entrevistas a universitarios significados, han aparecido en la prensa nacional de estos años, mientras que se considera paradójicamente a la Universidad el gran problema nacional de nuestros días”.

El silenciamiento era mucho mayor en el caso de la radio y la televisión, aquellos medios con

³³ Entrevista a Concha, 7 de noviembre de 2010.

³⁴ Entrevista a Laura, 5 de mayo de 2011.

³⁵ Archivo General de la Administración [AGA], Cultura, caja, 663, 6 de febrero de 1967, “Excmo. Ministro de Información y Turismo”.

más audiencia y por tanto con más capacidad de influencia social, los cuales

“ignoran que en España haya habido algún conflicto universitario en los últimos treinta años, mientras que difunden con minuciosidad digna de mejor causa, noticias de desórdenes universitarios en las más remotas universidades del planeta”³⁶.

En segundo lugar, cabe señalar cómo, de forma combinada con el silenciamiento mediático, los medios de comunicación legales contribuyeron a construir y difundir toda una serie de *imágenes y estereotipos negativos* sobre la juventud, los universitarios, el movimiento estudiantil y los profesores jóvenes. Imágenes y estereotipos negativos que, probablemente, pudieron contribuir de forma importante a la banalización y rechazo del movimiento estudiantil tanto por parte de los estudiantes, profesores y personal de administración y servicios de las universidades, como por sectores más amplios de la sociedad. Especialmente, entre personas con una cultura política conservadora, pudieron limitar la emergencia de actitudes tolerantes y empáticas, reforzando por el contrario actitudes de indiferencia y justificación de la represión política del tipo de las ilustradas en el epígrafe anterior por Mariano y Maruja a propósito de la visibilización de cargas policiales sobre los estudiantes.

Bien conscientes de la importancia de los medios de comunicación, cabe destacar la temprana preocupación de ciertos sectores de las élites franquistas por construir todo un imaginario negativo respecto a los activistas antifranquistas en general y los universitarios en particular. Así, en un interesante informe oficial escrito en 1958, sin firma pero probablemente de Manuel Fraga, por entonces director del Instituto de Estudios Políticos, se constataba una notable preocupación por la mala imagen interior y exterior del régimen y se señalaba cómo una de las claves para deslegitimar al antifranquismo su representación negativa tanto en los medios legales como a través de falsos panfletos y radios supuestamente elaborados por grupos

³⁶ Archivo Histórico de la Hermandad Obrera de Acción Católica, caja 234, Mayo de 1968, “Informe FECUM: Análisis de la situación universitaria.”.

antifranquistas. Así, se aconsejaba la presentación de sus partidarios como falsos reconciliadores que, lejos del discurso de la reconciliación nacional abanderado por el PCE y plasmado primeramente en los sucesos de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid, serían unos revanchistas y vengativos. Igualmente, se apuntaba a la conveniencia de construir una percepción social negativa de la juventud activista “calificándola de incapaz, pedante, constituida por señoritos”³⁷.

Tanto esta representación negativa de los jóvenes universitarios antifranquistas como, más en general, una imagen negativa de la contracultura juvenil occidental y de la nueva estética y pautas culturales y de ocio de los jóvenes, se extendió rápidamente por los medios de comunicación. Las novelas, el teatro o el cine, tanto español como norteamericano, contribuyeron sin duda a la difusión de estos estereotipos negativos sobre los jóvenes universitarios, así como a la proposición de modelos de comportamiento juvenil mucho más conformistas y, especialmente, a la banalización de sus motivaciones ideológicas y sus compromisos políticos. En efecto, un análisis de las representaciones culturales de los universitarios de la época revelaría, probablemente, lo extendido de estereotipos que tienden a presentarlos como “niños mimados”, aventureros, irresponsables, *snoobs*, “rebeldes sin causa” con una ideologización sólo superficial y pasajera que se dejan llevar por las pasiones juveniles y las modas y todavía no saben lo que es trabajar ni tener responsabilidades familiares. Un imaginario que, a tenor del éxito de novelas como el best-seller (rápidamente adaptado al cine, también con gran éxito de público) del valenciano Fernando Vizcaíno Casas *Hijos de Papá* (1979), debió de contar con una difusión notable entre buena parte de los apoyos sociales del franquismo (probablemente, su principal público)³⁸. Francisco, empresario del centro de Valencia claramente partidario del régimen, cuenta entre sus conocidos a algunos participantes en protestas estudiantiles, episodio que evoca en clave del incon-

³⁷ AGA, Presidencia, caja 51/18541, 30 de abril de 1958, “Esquema de un plan de extensión de la propaganda política”.

³⁸ Vizcaíno Casas, Fernando, *Hijos de papá*, Barcelona, Planeta, 1979.

formismo natural y pasajero de la juventud e incluso en términos lúdicos:

“este amigo es que disfrutaba corriendo delante de los grises y armando la marimorena y esa era su vida”.

Otra cosa sería que dicha banalización conviviese con una influencia a la hora de generar cierta tolerancia hacia las protestas y una aceptación menos incómoda de la democracia, algo que en el caso de Francisco parece constatarse³⁹.

El arraigo de la imagen negativa de las nuevas actitudes socioculturales de determinados sectores de la juventud, puede apreciarse, asimismo, en el caso de muchos monumentos y *llibrets* falleros de la ciudad de Valencia. En efecto, la exhaustiva investigación de Gil Manuel Hernández Martí ha demostrado cómo, desde 1960 y al hilo de la creciente secularización y difusión de nuevas costumbres, se observó una agudización de la tradicional crítica fallera de la “modernidad”, asociada a una vida más “desordenada”, en la que entre los principales blancos se encontraban los jóvenes “hippies” presentados como vagos, degenerados, libertinos y consumidores de drogas; o las jóvenes de moral relajada asociadas a las minifaldas, la píldora o el ye-yeísmo. Más en general, el cuadro que parece dibujarse en no pocos monumentos y *llibrets* falleros es el de la expansión de una juventud imprudente, desvergonzada y “pasota” que, influenciada por la abominable música moderna (pop, rock, guateques, etc.) y por los turistas y sus nuevas costumbres (como el camping, el bikini o el nudismo), amenaza las bases morales de la sociedad tradicional⁴⁰.

Así, por ejemplo, en el *llibret* del año 1972 de la falla de las calles Cuba-Puerto Rico, cuyo tema central era el amor, encontramos referencias críticas a la extensión del “*amor lliure*”, asociado a los hippies “*barbuts, pollosos i melenuts*” [barbudos, piojosos y melenudos] llegados del extranjero, frente a los cuales “*a penes res no pot fer ni el govern*” [a penas nada puede hacer ni el gobierno], incapaz de frenar la extensión de sus pautas socioculturales entre la juventud

española⁴¹. Desde luego, ello no quiere decir que desde el punto de vista de los falleros y de los visitantes se produjese siempre una asociación automática de estos referentes entendidos como negativos con el conjunto de la juventud en general o de la juventud universitaria en particular⁴². Asimismo, Hernández Martí no destaca la existencia de discursos falleros específicos sobre las protestas estudiantiles, un tema que por su carácter político muy probablemente sería censurado y autocensurado en la fiesta de las fallas. Pero, por otra parte, resulta plausible considerar que estos discursos sobre la juventud más contracultural, condicionarían la visión social del movimiento estudiantil. Más aún si tenemos en cuenta que éste se autovinculaba positivamente a muchos de aquellos cambios asociados al surgimiento de la nueva cultura juvenil. Algo que, de hecho, como ha planteado Sergio Rodríguez Tejada, favoreció en la práctica su capacidad de movilización entre una masa estudiantil con la cuál se producía una cierta identificación generacional frente a la cultura de los adultos⁴³.

Por otro lado, cuando se consideró conveniente o inevitable el tratamiento periodístico de determinados conflictos estudiantiles, el lenguaje demonizador de los universitarios antifranquistas fue esgrimido en la prensa a fin de deslegitimar sus reivindicaciones y justificar las diversas medidas represivas dirigidas a contener sus protestas. Así ocurrió en el otoño de 1973, cuando se asistió a un caso especialmente destacado en la represión sobre el movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia, con la prohibición de matrícula a 312 estudiantes acusados de haber participado en “actos subversi-

³⁹ Entrevistas a Francisco, 2 de febrero de 2010.

⁴⁰ Hernández Martí, Gil Manuel, *Falles i franquisme a València*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1996, 284-301 y 328-336.

⁴¹ Hemeroteca Municipal de Valencia, “Llibrets de falla del año 1972. Tomo I”.

⁴² Interesantes reflexiones sobre la habitual generalización al conjunto de los jóvenes universitarios del período de muchos de los elementos asociados a la imagen de la minoría más contracultural y “hippie”, en el estudio sociológico sobre estos últimos: Salcedo, Salvador, *Integrats, rebels i marginats. Subcultures juvenívols al País Valencià*, Valencia, L’Estel, 1974.

⁴³ Rodríguez Tejada, Sergio, “Los últimos fascistas. Juventud, política y dictadura franquista en los años cincuenta”, en Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo español*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico. 2013, 542-563.

vos” durante el curso 1972-1973, sin ni siquiera dejarles ser oídos y defenderse y saltándose la normativa legal que sólo permitía la prohibición de acceso al recinto, pero no de matrícula. En dicho contexto, si bien, por un lado, los universitarios expedientados contaron con el apoyo público y expresado en prensa del Patronato de la Universidad de Valencia, numerosos profesores, abogados y el Colegio de Doctores y Licenciados en Letras y Ciencias. Por otro lado, tanto articulistas como miembros destacados de la administración franquista que firmaron como “padres de alumnos” cartas al director, hicieron uso en la prensa valenciana de los peores estereotipos sobre los militantes universitarios a fin de legitimar tan abusiva medida. Así, el 28 de septiembre de 1973, un artículo firmado por Giner en *Levante*, el diario provincial del Movimiento, sin hacer una sola mención a las motivaciones políticas de los represaliados, reproducía buena parte de los estereotipos que tendían a presentar a los universitarios antifranquistas como autoritarios, violentos y vándalos casi por diversión:

“Puede haber algún error en la medida, acaso inoportuna. Pero el hecho cierto es que la Universidad tiene el derecho y el deber de decir a quienes van a perturbar, a ensuciar la Universidad con sus letreros y sus “slogans”, a insultar a los profesores y a intimidar a sus propios compañeros [...]: “Ustedes no se han hecho dignos de la convivencia, no han respetado las normas que rigen en el centro docente y, por consiguiente, les impedimos la entrada” [...] Si en un taller, en una fábrica, los trabajadores se dedicaran a pintarrajear las paredes, a pintar órganos genitales y llenar de insultos a todo lo que se les ocurre, a muchos que ahora se rasgan las vestiduras les parecería lógico que la empresa, la dirección de la fábrica, adoptara medidas de disciplina. ¿Es que hay españoles con privilegios especiales?”⁴⁴.

En tercer lugar, examinada la cuestión desde otro punto de vista, podríamos señalar cómo, pese a todo, la prensa permitió *amplificar el impacto* del movimiento estudiantil más allá de los familiares, amigos o compañeros de trabajo

⁴⁴ *Levante*, 28 de septiembre de 1973.

de universitarios; de quienes participaron en la vida cultural que germinó a su alrededor o de quienes presenciaron manifestaciones y leyeron octavillas o pintadas callejeras. Así, si bien, por un lado, es evidente que en la prensa predominaron el silenciamiento, la banalización y la estereotipación negativa del movimiento estudiantil, limitando, como acabamos de señalar, su capacidad de generar apoyos sociales fuera de la universidad. Al tiempo, por otro lado, el progresivo aumento a medida que se acercaba el final de la dictadura de la información sobre la agitación universitaria en la prensa escrita, aún con un menor impacto respecto a las mucho más (auto) censuradas radio y televisión, pudo contribuir a generar la percepción social de un crecimiento de las protestas colectivas⁴⁵.

Asimismo, en el contexto de relativa liberalización periodística, las apuestas “aperturistas” de ciertos diarios les convirtieron en plataforma para la expresión de discursos que contribuían a legitimar muchas de las reivindicaciones del movimiento estudiantil y de los profesores demócratas. Este fue el caso del periódico privado valenciano *Las Provincias*, que desde 1972 y sobre todo 1973, y aún de un modo mucho más moderado que otros diarios españoles, se abrió a colaboradores demócratas e izquierdistas y dio un cambio en su línea editorial que le llevó, por ejemplo, a apoyar al movimiento ciudadano que se oponía a los planes del Ayuntamiento de Valencia para la urbanización del viejo cauce del río Turia y del paraje natural de El Saler⁴⁶. Dentro de esta lógica cabe entender su apoyo a la oposición a la política represiva en la UV expresada en medidas como el expediente colectivo del otoño de 1973, y su contribución a la inclusión de temas claves de la “agenda” del movimiento estudiantil en el debate público valenciano, a través, por ejemplo, de entrevistas y

⁴⁵ En este sentido, son muy útiles trabajos de análisis panorámico de los contenidos de diarios concretos, como el de Sandra Méndez, que muestra la creciente visibilización periodística de las protestas estudiantiles y laborales: *Tratamiento periodístico del tardofranquismo y de la transición democrática en la prensa sevillana (ABC y El Correo de Andalucía, 1964-1978)*, Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2008.

⁴⁶ Crespo, Alexandre, “Las Provincias: un diario conservador durante la Transición en Valencia (1972-1982)”, *Actes del Congrés La Transició de la dictadura franquista a la democràcia*, Barcelona, UAB-CEFD, 460-467.

artículos de opinión firmados por profesores demócratas⁴⁷.

CONCLUSIONES

Cómo hemos tratado de poner de manifiesto en este artículo, la cuestión de la influencia exterior y la percepción social del cambio educativo no remite a una única respuesta sino que, por el contrario, ilumina la complejidad y diversidad por las que se caracterizaron las actitudes ciudadanas durante la dictadura franquista. Complejidad y diversidad que muchas veces son minimizadas y simplificadas por los grandes discursos articulados por la historiografía política tradicional y que, para ser rescatadas por los historiadores, necesitan de estudios locales que nos muestren el “franquismo vivido” por la gente corriente y nos permitan valorar las diferencias y similitudes entre distintas regiones.

A pesar de que se hace necesaria una mayor profundización en el tema, podemos plantear una serie de conclusiones provisionales a la luz del análisis realizado. Por un lado, podemos detectar una serie de *límites* en la capacidad de influencia exterior del cambio educativo registrado en la UV durante los años sesenta y setenta. En primer lugar, la sola presencia de hijos universitarios transformados en antifranquistas o demócratas no fue suficiente para “convertir” a sus padres franquistas en demócratas convencidos, y en no pocos casos la reacción fue negativa y nada receptiva. En segundo lugar, la rápida actuación de las fuerzas del orden en la recogida de octavillas, la eliminación de pintadas y la disolución de manifestaciones, hubo de limitar inevitablemente su impacto entre la ciudadanía. En tercer lugar, la visibilización de la represión no siempre derivó en actitudes críticas hacia la dictadura. En cuarto lugar, la cultura alternativa que germinó en torno al ambiente universitario fue socialmente minoritaria y su efecto tendió a ser especialmente acentuado entre los jóvenes con estudios universitarios. En quinto lugar, muchas personas no contaron

entre sus compañeros de trabajo, vecinos o amigos a jóvenes universitarios antifranquistas que les incitaran a la protesta y a la valoración de las libertades. En sexto lugar, muy probablemente el silenciamiento mediático y la difusión social de estereotipos negativos sobre los activistas universitarios limitaron su capacidad de generar apoyos sociales fuera de la universidad.

Por otro lado, sin embargo, hay otra serie de elementos que apuntan a una destacada *capacidad de influencia social* del movimiento estudiantil valenciano y del profesorado crítico.

En primer lugar, muchos padres conservadores con hijos universitarios vieron alterada su percepción del franquismo y del antifranquismo, pudiendo la confusión generada favorecer un cierto distanciamiento de la dictadura o, cuando menos, una menor oposición a la llegada de una democracia reivindicada por sus hijos y/o por otros jóvenes de su mismo entorno social. En segundo lugar, la visibilización de las protestas y la represión política a través de las cada vez más frecuentes octavillas, pintadas y manifestaciones pudo, pese a los límites señalados, contribuir a difundir el discurso antifranquista y a generar la percepción de una oposición más fuerte frente a un régimen más débil y, al tiempo, más autoritario de lo que preconizaba su discurso oficial.

En tercer lugar, la transformación de la vida cultural operada en buena medida gracias a las iniciativas de la juventud universitaria antifranquista, abrió la “cultura alternativa” a un público joven más amplio y, al tiempo, sirvió para reforzar las redes sociales del antifranquismo y para amplificar la percepción de una progresiva erosión de la hegemonía cultural franquista y/o domesticada. En cuarto lugar, la influencia de los jóvenes socializados en o en torno al movimiento estudiantil antifranquista se extendió tanto por Valencia como por los pueblos de la provincia, a través de redes de amistad, ámbitos asociativos y, una vez incorporados a la vida profesional, centros laborales en (y desde) los que contribuyeron a extender la cultura de la protesta.

En quinto lugar, el tratamiento mediático dado a las protestas estudiantiles y a la represión

⁴⁷ Véase, por ejemplo, las referencias a los artículos de opinión y entrevistas de Manuel Broseta, decano de la facultad de Derecho entre 1970 y 1972 y personalidad destacada de la UCD durante la transición: Cuñat Edo, Vicente: “Los decanos demócratas: Manuel Broseta”, en Benito Sanz y Ramón Bello (eds.), *Memoria del antifranquismo*. op.cit., 261-275.

sobre las mismas y su posible impacto social fue más complejo de lo que un análisis superficial podría sugerir, pudiendo en efecto haber contribuido su creciente visibilización en la prensa escrita a generar la percepción social de un crecimiento de las protestas, llegando en algunos casos a actuar determinados diarios como mecanismo de difusión de algunas de las reivindicaciones estudiantiles.

Cómo señalábamos al inicio de este trabajo, las memorias oficiales elaboradas por los gobernadores civiles que analiza Antonio Cazorla, sugerían la impresión de que los universitarios valencianos no contaron con el apoyo de la mayoría de sus conciudadanos⁴⁸. La investigación realizada apunta a que, efectivamente, una parte importante de éstos permaneció ajena o indiferente al movimiento estudiantil, sus protestas, la represión que sufrió y las iniciativas socioculturales que generó. Sin embargo, las fuentes analizadas nos permiten afirmar que en conjunto el balance es mucho más complejo y optimista respecto a la capacidad de influencia social del cambio en los centros educativos. Un nuevo factor en la España del desarrollismo que, pese a los importantes límites que se han señalado, contribuyó a transformar el ambiente sociopolítico cotidiano y las percepciones y actitudes ciudadanas que habían caracterizado la posguerra.

⁴⁸ Cazorla, Antonio: "Orden, progreso y sindicalismo", op.cit.

